

JOSÉ MARÍA
CONGET

TODAS
LAS
MUJERES

P

Paréntesis

FRAGMENTO

Colección Orfeo

PARÉNTESIS EDITORIAL

Primeros Títulos:

- **COLECCIÓN DE FACTO**

Javier Villanueva. La verdadera historia

INMA PORTALO Y JAVIER VILLANUEVA

- **COLECCIÓN ORFEO**

Cuchulain de Muirthemne

LADY GREGORY

Todas las mujeres

JOSÉ MARÍA CONGET

La sangre y el eco

JULIO MANUEL DE LA ROSA

- **COLECCIÓN UMBRAL**

Vacaciones de invierno

JOSÉ MANUEL BENÍTEZ ARIZA

Plaza del Cabildo

EMILIO DURÁN

PRÓLOGO

ANOCHÉ SONÉ CON EL JUICIO FINAL

Se dice que nunca debemos regresar a una ciudad donde fuimos felices, del mismo modo que es un error tratar de volver a seducir a una antigua amante. Ignoro qué recomendaciones resultan más sabias en relación a los libros que uno escribió hace veinte años; no había releído completa ninguna de mis novelas —una barrera que fabricaba el pudor y la aprensión me lo impedía— hasta que Antonio Rivero Taravillo me ofreció reeditar *Todas las mujeres*. Ahora, con las tareas hechas, me habría gustado poder dejar constancia de algunas lecciones del tiempo que mostraran la madurez adquirida, cierta superioridad respecto al que fui. Sin embargo, cumplidos los sesenta, sólo admito una evolución dentro de la misma etapa de aprendizaje, que no terminará jamás. Seguramente hoy no escribiría esta novela, pero no porque domine mejor el oficio de contar historias (por mucho que desearía creer que sí), sino porque siento lejanas algunas de las preocupaciones literarias que me obsesionaban por esa época, como que el relato incluyera la reflexión sobre sí mismo de manera que la novela fuera un espejo de la propia novela o, como observó un crítico, se asemejara a ese grabado de Escher en el que una mano dibuja a la mano que a su vez la está dibujando. Con la edad me he vuelto mucho menos teórico —y menos retórico— y ya no estoy convencido de que la profundidad del cuento dependa necesariamente de su complejidad estructural; ahora me interesa más hallar el registro exacto para la verdad de la emoción que deseo transmitir.

Tendría que haber comenzado confesando que durante todos estos años le he guardado algún rencor a *Todas las mujeres*. Había publicado antes, a lo largo de la década de los 80 del pasado siglo, tres novelas —*quadrupedumque* (sí, con minúscula), *Comentarios (marginales) a la Guerra de las Galias* y *Gaudeamus*— que constituían una trilogía de resonancias latinas no exentas de pedantería, como tal vez el lector habrá sospechado. Las tres aparecieron en Hiperión durante el breve periodo en el que esta editorial coqueteó con la narrativa; tenía (y mantengo) muy buena relación personal con su director, Jesús Muñárriz, que ya me había advertido de que la casa tendía a regresar en exclusiva a su primer amor, la poesía. Así que decidí enviar mi cuarta novela a un editor sin conflictos de género y pensé en José María Guelbenzu, que estaba a cargo de Alfaguara. Abandonaba Hiperión y el trasfondo autobiográfico de mis libros anteriores para concentrarme en una novela novelesca, si se me permite la redundancia de perogrullo, protagonizada por un escritor que no puede escribir. Pretendía ser una historia (por utilizar la clasificación que de niños hacíamos de las películas) «de amores y de risas» y que, además, sin renunciar al humor esencial, cuestionara el concepto más conservador del punto de vista al introducir la voz de un seudautor que de vez en cuando comenta el texto —una carta al editor— que el personaje va creando. En fin, si el lector se introduce en las siguientes páginas entenderá (espero) estos laberintos. En Alfaguara los entendieron y apreciaron porque ese verano, estando yo en Roma, unos amigos que ocupaban nuestra casa de Londres nos llamaron para comunicarnos que había llegado un telegrama de Luis Suñén aceptando *Anoche soñé con el Juicio Final*. Bueno, había cambiado el editor —que en Alfaguara no duraban más que los entrenadores de fútbol— y mi novela todavía no había cambiado el título, eso vino después. Visité la editorial aquel otoño, estoy hablando de 1988, y conocí a Suñén y al segundo de a bordo, Manolo Rodríguez Rivero. En aquella primera entrevista debieron de pensar que yo era un pardillo (tenían razón), firmé un contrato y me pidieron que me pensara otro título para mi novela porque el mío sugería algo tenebroso que desorientaría al futuro comprador. Yo alegué que más bien evocaba los *Sueños* de Quevedo y allí comenzó un pulso que se prolongó durante meses: yo me empecinaba en el Juicio Final, segmento de la escatología cristiana que durante la infancia me

había torturado, y ellos dos me iba proponiendo otros que juzgaban mucho más comerciales. Me vencieron por agotamiento. Les concedí que la llamaran como les viniera en gana y ellos tomaron una parte de la dedicatoria, que rezaba «A Maribel, que es todas las mujeres», para estamparla en la portada. Cada vez que nos vemos, me dice Manolo Rodríguez que está seguro de que yo nunca le he perdonado. Ya he afirmado que al libro le cogí manía pero de mis editores de Alfaguara sólo recuerdo sus atenciones y generosidad (mientras duraron, hubo cambio de entrenador un par de años más tarde). Supongo que al contar todo esto traiciono una conversación en la que Luis Suñén me exigió que me olvidara de nuestra pugna por el título, «lo que ocurre entre un autor y su editor es tan secreto como lo que pasa entre médico y paciente», o algo así (menos mal que no invocó al confesor), frase que me impresionó por su solemnidad y que confío le haga sonreír a Luis si lee estas palabras.

Hay en la novela otro elemento que aún no he mencionado: el cine. Yo me había percatado de que hasta cierta edad muchas cosas importantes —el descubrimiento del miedo de ficción y del erotismo, el primer desengaño amoroso y el primer magreo satisfactorio— me habían ocurrido en salas de cine y se me ocurrió contar la vida de un individuo a través de siete sesiones cinematográficas que, a su vez, glosaban en paralelo la historia personal del protagonista de la novela y le conferían ese carácter de sueño que hace que el cine se parezca tanto a la vida. Las películas escogidas fueron *Robin Hood* (la de Errol Flynn como héroe epónimo), *Raíces profundas* (*Shane* para los *connoisseurs*), *Cantando bajo la lluvia*, *King-Kong* (la versión princeps), *El tercer hombre* y la pornográfica *El diablo en la señorita Jones* —la perspicacia del lector dilucidará en qué consiste la última sesión. Creo que esos capítulos se pueden leer independientemente del resto de la novela y conforman un pequeño corpus narrativo que Rafael Conte, por entonces crítico de *El País*, me censuró: no le desagradaba el libro aunque, según él, la obsesión por el cine llegaba a hacerse pesada. Es curioso, porque a mí me parecen más pesados otros aspectos discursivos de la novela y aún siento benevolencia hacia los cinematográficos. Claro que mi debilidad por el cine es tan grande y obvia que sin duda estoy equivocado.

Escribí la novela en Londres, en la casa que se describe en sus páginas, con la fachada hacia las vías elevadas de la línea Metropolitan, entre las estaciones de Ladbroke Grove y Latimer Road, y las ventanas traseras abiertas a un jardín comunal que aún suscita mi nostalgia. En otros textos míos he revelado que mi calle se llamó antes Rillington Place y que donde yo vivía se alzó la casita del asesino John Christie. No quedaba ya ni rastro de ese lado siniestro, tan londinense, y los mejores recuerdos de esta novela se asocian al lugar y las circunstancias de su redacción. La comencé en 1986, la interrumpí ese mismo año porque cuidaba a mi hijo pequeño Miguel por las mañanas –daba clase por la tarde en el colegio español de Portobello Road–, mientras Maribel estudiaba literatura inglesa, y combinar la literatura con el carácter hiperactivo del chaval resultó misión imposible. La retomé, para terminarla, a finales de 1987 y se publicó en 1989. Recibió buenas reseñas pero, pese a la supuesta comercialidad del nuevo título, no me arrancó de la jerarquía que solía atribuirme, la de *worst-seller* contumaz (una petulancia camuflada de modestia: *worst-sellers* somos legión). En realidad habría constituido una paradoja insufrible que esa peripecia vital de un escritor fracasado tuviera éxito.

De esta novela, como de otras obras mías, se ha comentado su carácter generacional, es decir, que las experiencias de los personajes participan de las que vivieron otros españoles de su edad y condición: educación y juventud durante la dictadura, clase media o clase media baja, universitarios, reprimidos, liberados pero no demasiado a partir de los años 70, desencanto con el desarrollo de la democracia, amantes de los libros y del cine, en fin, lo que llamaban progres, una figura entre patética, ingenua y turbia. No sé qué había de mí en el protagonista anónimo –su afición al cine, las tendencias mitómanas, tener un editor cuyo nombre empieza con J, alguna anécdota superflua– pero no puede resultarme más antipático, y debo añadir que ahora me parece (como le ocurría al apócrifo autor del libro) que sus impotencias literarias y sexuales se las tenía bien merecidas. Cuando componía la novela experimentaba algo semejante a la piedad hacia ese neurótico y pretendía que los lectores lo comprendieran como a una especie de Woody Allen celtífero. Me temo que hoy despierte escasa conmiseración, aunque ojalá los episodios grotescos hayan conservado parte de su comicidad. Con esto no reniego de las que llamaríamos señas

de identidad –o simplemente tics– generacionales, sólo me distancio de lo que había de postizo en muchas de aquellas poses. También han debido de quedar trasnochadas algunas referencias, y hay alusiones casi esotéricas. Recuerdo, por ejemplo, que el *autor* o el *escribidor* mencionan al novelista Arnaldo de Taormina, una broma privada para Raúl Ruiz, escritor coetáneo mío y de carrera similar (los dos nos iniciamos con una trilogía publicada en Hiperión) que me había paseado por uno de sus textos con el nombre de Getcom. Raúl murió antes de que viera la luz *Todas las mujeres*, con lo que nadie o muy pocos captarían el homenaje secreto que reitero aquí a la memoria del amigo. Y a otro muerto le debo la corrección de un detalle mortificante: el gran Fernando Quiñones me señaló que ningún gaditano aceptaría que a las tortillitas de camarones se las llame «tortitas» como hacía yo en la novela.

Me alegro de tener la oportunidad de corregir –se me antoja una corrección póstuma, qué absurdo– aquellas tortitas y otras muchas erratas de la primera edición. Por lo demás, la novela está idéntica tras resistirme a la tentación de reinstalar el título con el que la concebí. La dedicatoria sigue ahí y el sentimiento que la inspiró no ha cambiado. Ni mi amor por las tres ciudades que sirven de escenario principal a las cuitas del narrador: Cádiz Zaragoza, Londres. Y por qué no añadir Roma donde, como conté arriba, recibí la noticia, en una casa del Trastevere, de que la que luego fue *Todas las mujeres* iba a ser publicada. Ahora sale al mundo de nuevo sin arreglos ni maquillajes, pero liberada por fin del rencor de su padre. Quizá para eso sirvan los años.

JOSÉ MARÍA CONGET

Sevilla, febrero 2009

IR A LA FICHA DEL LIBRO

**Queda prohibida, bajo sanción prevista por la ley,
cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y
transformación de esta obra sin permiso previo por escrito
de los titulares del copyright.**